

I

Eutimio Basarán nació infanzón. En la montaña aragonesa, o eras infanzón o no eras nadie. Tal vez por eso casi todos los hombres afirmaban serlo: unos por herencia, otros por hechos de armas y la mayoría por ganas. Lo que no tenían todos era el relumbrón que daba un artefacto de madera con tripas de metal como el que presidía la sala principal de los Basarán de Angostera. Se decía que aquel reloj de pie, llegado de Francia a lomos de un contrabandista poco después de que inventaran los relojes, ya daba las horas, las medias y los cuartos mucho antes de que la gente común dejara de medir el tiempo con el canto de los gallos y las puestas de sol.

La costumbre dictaba que las personas importantes de aquellos valles llevaran capa y se cubrieran el pañuelo coronario con un chambergo de ala ancha, que igual podía servir de parasol que de paraguas. Años atrás, los ilustrados habían provocado un levantamiento popular por prohibir en Madrid un atuendo parecido, pero en Aragón se mantuvo como señal de respeto, aunque no muy distintiva, habida cuenta de que todos habían acabado vistiéndose igual para no parecer menos que el vecino. Pero Eutimio Basarán solo se cubría con la boina escarlata carlista, que no se quitaba ni para dormir. En cualquier caso, los Basarán de Angostera no eran unos infanzones cualesquiera: no solo habían sido los primeros en tener un reloj de pie francés, sino que vivían aparte de los demás, en una pardina separada de la villa de Angostera que en otros tiempos fue castillo.

Por si fuera poco, Eutimio juraba que el pretendiente don Carlos lo había nombrado barón y que eso era más que

infanzón, pero que como ya estaban al final de la primera carlistada no hubo tiempo para escribir credenciales. Ni falta que hacía, pues la palabra de un rey, añadía, contaba más que todos los papeles y gacetas juntas. También aseguraba haber sido ascendido a brigadier por su entrega heroica a la Causa. Por supuesto, nadie se atrevía a decirle que no pasó de capitán: si la palabra de un rey era sagrada, la de un montañés solamente podía ser discutida en el campo del honor. Hasta encargó papel de escribir con cabeceras a imprenta:

Eutimio Basarán
Brigadier de los ejércitos de Don Carlos
Barón de Angostera

Aun así, Eutimio no tenía porte de aristócrata. Era un tipo agreste, de costumbres plebeyas, un cacique rural mal avezado a los salones al que le gustaba comer con los criados: así podía elegir las mejores piezas del puchero, untar pan, chuparse los dedos, beberse el vinagre del plato y eructar sin tener que afrontar los gestos de reprobación de su esposa Evangelina, que intentaba a toda costa imponer normas de buena crianza a sus siete hijas. Pocas, pero claras: las señoritas debían almorzar a diario en la sala, usar bien los cubiertos, mantener la espalda erguida y no hablar sin permiso. Eutimio, que solo entraba en el comedor para dar cuerda al reloj de pie, se mantenía ajeno a todas aquellas ceremonias, salvo que fuera fiesta de guardar o que hubiera invitados.

Precisamente aquel día era domingo de Pascua y estaba convidado a comer mosén Felipe, el párroco de Angostera, quien subía un par de veces al año a decir misa en la capilla familiar.

Entre los caciques montañeses, solo Eutimio Basarán había conservado la vieja costumbre de hacer celebrar algunas misas en privado. Por más que en aquellos valles no hubo casa de importancia que no mantuviera capilla, capellán y ornamentos, los señores habían comenzado a compartir los oficios religiosos con el pueblo llano tan pronto como llegaron los primeros vientos liberales, acudiendo a las misas dominicales de las

parroquias del brazo de sus esposas junto a un cortejo de familiares y sirvientes. Cuantos más, mejor: no fuera que se acortaran las distancias sociales por falta de séquito. Por la misma razón, los protocolos de colocación de los fieles en la misa de once servían para distinguir a los verdaderos caballeros de los infanzones dudosos, y a estos, de aparceros y criados.

Los de los primeros bancos, además de dictar al párroco alguna que otra homilía, eran quienes establecían cuál era el orden natural de todo lo que sucediera en Angostera. A la salida de misa los hombres se distribuían por la plaza formando círculos para que los de más mando recibieran peticiones y, en días señalados, repartieran algunas monedas: a unos sí y a otros no, que nunca iba mal alimentar las diferencias entre quienes cualquier día pudieran llegar a creerse iguales. Mientras tanto, las señoras de más brillo se reunían con la boticaria en la trastienda de la farmacia, vaciando cada domingo no menos de dos botellas de aguardiente de Colungo, brebaje peleón cuya fama terapéutica siempre superó en los Pirineos a la de la mismísima agua del Carmen.

La familia Basarán, la única con derecho a reclinatorio frente al altar, tampoco renunciaba a significarse en aquellas citas dominicales. Su llegada, en dos calesas tiradas por yeguas bien emperifolladas, era uno de los pocos espectáculos que entretenían el tedio de los domingos. Pero por Pascua y Navidad, quieras que no, era el párroco quien subía a decir misa a la pardina, dejando al coadjutor la tarea de atender a los feligreses de la villa.

Aquel día Evangelina buscaba romper la cuaresma con un refinamiento que corrigiera la habitual rudeza de su esposo. Había ordenado preparar los mejores manjares: caldo de gallina, canelones italianos y ternasco asado en el horno de hacer pan. Y de postre mazapanes de Huesca y pasteles de Olorón regados con vino dulce de Jurançon. Se dispuso la mesa con manteles de lino, cubertería de plata y vajilla de porcelana y cristal. Y un sitial reforzado por el carpintero para que mosén

Felipe pudiera ajustar todo el cuerpo sin riesgo de que sus más de diez arrobas se desparramaran.

Como cada año, el amo dio la señal de partida:

—Mosén Felipe, le corresponde a usted bendecir la mesa. ¡Y que sea en latín! No haga como esos curas liberales, que algún día ¡hasta las misas las acabarán recitando en lenguas vernáculas!

Felisa Aquilué, la criada, estaba sirviendo a los comensales en el orden habitual, según jerarquía y edad. Solo cuando llegó a Orosia, la menor de las hijas, arrancó el capellán con su *Domine, qui ineffabile providentia haec cibaria disposuisti, concede nos mereri Caeli convivium, per Christum, Dominum Nostrum*.

La recitación apresurada del sacerdote, al cual le apremiaba más el hambre que la devoción, convirtió la plegaria en un galimatías ininteligible. Pero aún no había pronunciado el *amén* cuando Orosia Basarán, que andaba loca buscando el momento para anunciar la novedad, decidió arruinar el banquete. El sexo y la edad la relegaban al último lugar en aquella sala, pero ella sabía muy bien que, si perdía aquella ocasión, ya no habría otra. De poco sirvió el aviso de la madre, que quiso atajar a tiempo la insolencia de su hija:

—Cuando hay convidados, ¡las niñas no hablan hasta que no les pregunten!

Orosia ignoró la advertencia, mascando cada palabra para asegurarse de que todo el mundo la oía, usando ese rebuscado tono intrascendente con el que la nobleza a la que creía pertenecer solía abordar los más ásperos asuntos: como si aquello no fuera del todo con ella.

—Felisa, me vendría bien que echaras una yema de huevo en la sopa: creo que estoy encinta.

El ruido de las cucharas contra la loza se detuvo en seco. Y el reloj de pie ocupó el lugar de las palabras, perturbando aquel silencio con un tictac desesperante. Mientras tanto, por si acaso, Felisa protegía la sopera: ella sabía por experiencia que las trifulcas familiares siempre acababan con la servidumbre limpiando los restos de la batalla.

Solo Evangelina, afirmada en su papel de señora de la casa, se atrevió a romper el suspense, queriendo evitar la inminente embestida de su esposo:

—Una señorita bien educada no habla en la mesa, y menos de asuntos de mujeres: ¡los hombres no entienden de estas cosas!

—Y tampoco sé quién es el padre —insistió Orosia, rehusando la eventual protección que su madre le ofrecía.

Don Eutimio Basarán, requeté de primera hora, presunto barón de Angostera y autoproclamado brigadier del ejército perdedor de todas las batallas, estaba a punto de tomar cartas en el asunto. Dada su aversión hacia cualquier tipo de novedad, en casos así, lo aconsejable hubiera sido hacerse invisible. Pero allí no había otro lugar para esconderse que los inseguros adentros de cada cual.

Recién acabada la guerra y licenciada la tropa, el grueso de la oficialidad carlista había aceptado integrarse en el ejército regular o pasar al retiro con una pensión honrosa, mientras los más recalcitrantes marchaban al exilio. Eutimio Basarán, sin embargo, decidió proseguir la lucha por su cuenta, atrincherándose en lo que quedaba del viejo señorío de Angostera sin más recursos que sus rentas ni más protección que la que se concede a quienes son tomados por locos. Las autoridades no reparaban en que ostentara los hábitos e insignias de un general y se tocara con la boina roja, prohibida por el general Espartero en todo el territorio nacional. Tampoco se molestó nadie en comprobar si era cierto que acumulaba armas y municiones, o si a veces daba refugio a partidas de bandoleros que él consideraba miembros de su tropa particular de fieles requetés. A los ojos de los mandamases, Eutimio acabó siendo un perturbado, tanto por sus excentricidades como por su tendencia a ver enemigos por todas partes. Pero, para quienes lo conocían y sufrían, era un tirano incontrolable cuyas imposturas y episodios de histeria tenían siempre malas consecuencias.

Todo indicaba que la revelación de Orosia iba a ser el detonador del barril de pólvora que Eutimio llevaba siempre en la barriga. Nadie se atrevía a romper aquel silencio inter-

minable e insano: hasta que el reloj de pie, del cual se decía que abrigaba alguna especie de conciencia malvada, se puso a tocar unos inoportunos tres cuartos que sonaron como campanadas llamando a somatén. El gato de la familia, con prudencia premonitoria, decidió que aquello no le concernía y salió corriendo. Mientras, una especie de miedo gaseoso fluyó por el aire hasta licuarse en todas las retinas, esperando la reacción inminente del viejo cacique.

—¡*Mecagüen la leche!* ¡Fuera todos! —gritó Eutimio en tono cuartelero, barriendo el aire con la cuchara y salpicando al mosén en la cara.

Mientras el cura se limpiaba disimuladamente con la manga de la sotana, Evangelina arrojó una mirada interpelante sobre su esposo, que respondió con una mueca despectiva. Sin darse por aludida, pero tratando de afirmar su lugar en la jerarquía familiar, mandó salir a sus hijas con un chasquido de dedos:

—Ya habéis oído a Padre, ¡desfilando!

—¡Y tú abrirás el desfile! —bramó Eutimio, dirigiéndose a su esposa con tal gravedad que no admitía réplica—. ¡Dejadme a solas con Orosia, que esto lo arreglo yo! Y usted, mosén Felipe —añadió, suavizando el tono—, excúseme, pero también debería salir. Si algo quiere revelarles mi hija, será luego y bajo secreto de confesión.

Tanto el cura como las mujeres buscaron refugio en la cocina. Evangelina, con un guiño imperceptible para quien no estuviera en el ajo, ordenó a Felisa, ama de oído fino y probada fidelidad, que aplicara la oreja y el entendimiento donde fuera preciso.

Orosia estaba sentada, temblando de miedo pero decidida a llegar hasta el final. Eutimio no parecía tener mucha prisa: puesto en pie, permanecía en silencio, de espaldas, escrutando su propia imagen en el mueble acristalado, y descubriendo que su aspecto quizá era demasiado arisco para reprender a una joven inconsciente que apenas había abandonado la adolescencia. En un intento de recomponer el ceño, estiró el cuello y contorsionó las mandíbulas, extrayendo de lo más hondo de sus músculos faciales un gesto casi condescendiente que medio ocultaba que la procesión iba por dentro. Sumergido en medi-

taciones, decidió que abordaría el problema sin excesos: al fin y al cabo se trataba de un asunto remediable, tan viejo como la vida misma, aunque feo y merecedor de correctivo. En lo concerniente al matrimonio, él era hombre de un solo lecho, salvo algunos apretones en las largas ausencias motivadas por las guerras, pero sus ilustres y poco convenientes antepasados habían dejado aquellos valles sembrados de bastardos, ejerciendo dudosos derechos de dominio sobre alcobas ajenas. Decidió que no era procedente invocar razones morales para una vez que la afrentada era hija de la casa. No obstante, remilgos aparte, Orosia debía oír lo que él tenía que decir y sanseacabó.

Ya casi apaciguado, tragó saliva, se atusó el mostacho requeté y carraspeó antes de arrancar un discurso mayestático:

—Ya nos temíamos, hija mía, que serían estériles nuestros desvelos por proporcionaros instrucción y modales acordes con el linaje de los Basarán. Desde que el gobierno de la nación está en manos de esos libertinos usurpadores, se van demoliendo, una por una, las seculares tradiciones de este país. Pero no era de ti de quien esperábamos la deshonor, pues los desmerecimientos físicos con que la naturaleza te quiso distinguir eran, creíamos todos, guardianes invictos de tu castidad. Y ya te teníamos reservado lugar en unas monjas de Pamplona, que de las de Jaca no me fío. Hay allí un convento que suele dar cobijo a las jóvenes llamadas a desposar con Cristo, unas por devoción, otras por deudas de honor mal satisfechas, y no pocas por fealdad irreparable, si se me permite...

—¿Y cuál de estas distinciones me atribuye usted? —interrumpió Orosia.

—Si todavía no me has comprendido, pregúntate por qué desistían la mayoría de los mozos que venían a cortejar a alguna de tus hermanas.

—¡Pues yo había oído que era usted quien los ahuyentaba!

—Sin embargo, no imaginaba que usarías tus escasos dones para retener a alguno de aquellos majaderos. ¡Dime ahora mismo de quién se trata y yo me encargaré de que haya la reparación que corresponde!

—Padre, le repito...

—No te he pedido que hagas discursos, sino que pronuncies una sola palabra. ¡Venga ese nombre y terminemos de una vez!

—Pues no tengo ni idea.

—A mí no me andes con las mojigangas que te han enseñado tus maestros. ¡Acabemos!: ¿estás o no estás preñada?

—De eso no hay duda. Pero insisto en que no sé de quién.

—No te preocupes y comienza a enumerar los candidatos, que ya decidiremos qué apellido nos conviene. Será suficiente con que el mequetrefe que yo elija reconozca que yació contigo para que olvidemos a todos los demás. Y mataremos dos pájaros de un tiro. Porque, al fin y al cabo, eso de meterte en un convento no era sino una más de las diabólicas ideas de tu madre. ¡De todos los males nacen beneficios!

—Sea pues, y que sea lo que tenga que ser y que Dios perdone mis pecados —arrancó Orosia, decidida por fin a dar explicaciones.

—Por los pecados que no quede. Si no basta el párroco para adecentar tu alma, traeré aquí una carreta de obispos. Tú, ocúpate de no ensuciar mi honor, que de tus pleitos con Dios ya se encargarán otros.

—Precisamente, ya que usted lo mienta, todo viene de cuando mosén Felipe me inició en el conocimiento de los misterios de la vida durante sus charlas sobre la constitución natural de los seres y de las cosas, instruyéndome en lo que no figura en los libros, ni me enseñaron los muchos maestros que han pasado por esta casa. Ahora sé —prosiguió Orosia, tratando de impostar una voz solemne— que en el octavo día de la creación, tras merecido descanso, Dios decidió descansar del todo, obrando su último acto creador: dotó a todos los seres vivos de un sistema con el que multiplicarse sin que hubiera necesidad alguna de intervención divina en la futura propagación de cada estirpe.

—Y todas estas obscenidades blasfemas y frases retorcidas, ¿te las enseñó el mosén para que me las recitaras de memoria, o te hizo alguna demostración? —gritó Eutimio, irritado por aquel modo tan enrevesadamente retórico con el que su hija pretendía envolver una historia que ya empezaba a llevar mal camino.

—Bien sabe usted que mosén Felipe, aparte de un santo sacerdote, fue el capellán de a bordo en varias expediciones

científicas a ultramar, distinguiéndose como un gran conocedor de todos los secretos de la naturaleza.

—¡Y el cabrón te eligió a ti para divulgar sus descubrimientos! —exclamó el viejo, ya casi fuera de sí.

—A mí y a Genaro, el mozo de mulas, que en su ausencia completaba las lecciones conmigo. Mosén Felipe, a quien comuniqué la primicia bajo secreto de confesión, dice que no puede ser; que si no es cosa del Espíritu Santo será obra del demonio. A mí me pidió que no lo dijera a nadie, y mucho menos a usted, hasta que él no hubiese buscado no sé qué remedios en casa del boticario. Pero pasan los días y esto no para de tirar para adelante —añadió Orosia, señalándose el vientre.

Mientras Orosia intentaba acabar con su relato, el curtido pelaje del rostro del viejo había ido mudando desde su blanco agónico natural al rojo pimentonero de sus peores momentos de exaltación. Gruesas venas se le desbordaban por el cuello, mientras la bola de plata que coronaba el bastón aparecía aplastada bajo un puño tembloroso pero implacable. Sus ojos, casi fuera de las órbitas, adquirían un brillo singular, preludio en él de trágicas decisiones: como cuando ordenó a sus requetés el cerco de Sangüesa, a pesar de que ya le habían advertido de que nadie saldría con vida de aquella alocada empresa.

—¡El Espíritu Santo! ¡Encima de puta, tonta! —gritó Eutimio, ya fuera de control.

—Es que mosén Felipe me explicó que, siempre que la unión se produjera en noches sin luna, no habría concepción. Lo que él ignoraba es que con Genaro olvidábamos completamente la observancia de las reglas de la astronomía. ¡Tanto las lunas nuevas, como los cuartos, y hasta las peligrosas lunas llenas fueron testigos de mis pecados!

Allí acabó todo. Eutimio, tras barrer la mesa con el bastón y quebrar la mitad de la vajilla, se abalanzó con furia sobre la puerta de la cocina, cojeando con el paso más veloz que sus padecimientos de gota le permitían. Plantado en el zaguán, emitió sentencia:

—Evangolina, he decidido que tu hija, cuyo nombre nunca volverá a pronunciarse en mi presencia, abandone las tierras de Angostera antes de que caiga la noche. ¡Y no se hable más!

—Pero Eutimio, ¿qué ha pasado? —respondió Evangelina entre sollozos.

—Seguro que tú ya lo sabías. ¡Porque en esta casa siempre soy el último en enterarme de todo lo que os traéis entre manos! ¿Dónde está el curita de los cojones? —añadió, mientras blandía el bastón a modo de sable.

Sin aguardar respuesta, salió por la puerta que atravesando la despensa daba a campo abierto, al tiempo que descolgaba uno de los trabucos que siempre tenía a punto. «Por si vienen los liberales», solía decir. Pero ya hacía rato que mosén Felipe trepaba hacia el puerto de Angostera a lomos de la mejor cabalgadura que encontró en la cuadra. Su peso le restaba agilidad, pero el pánico le daba la fuerza de cien bueyes. No solo se subió al caballo de un salto, sino que hasta tuvo tiempo para cargar dos grandes alforjas con custodias, cálices, copones y patenas. Y medio ternasco recién asado y dos cajas de mazapanes que pudo sacar de la cocina. «¡Para el camino!», fue todo lo que dijo el cura cuando salió corriendo hacia la capilla, en medio del desconcierto de todas aquellas mujeres.

En cuanto al pobre Genaro, huyó a paso ligero con lo puesto, avanzándose al mosén. Ni el uno ni el otro pararon hasta Francia.

A punto estuvo el viejo de disparar sobre un bulto blanco que se movía entre las zarzas. Pero la voz firme de Evangelina lo contuvo a tiempo:

—El perro no tiene la culpa, Eutimio. Entremos al comedor y acabemos de santificar la Pascua en familia, con una comida como Dios manda. Ya arreglaremos esto más tarde.

—¡Después de haber tragado hostias consagradas por el diablo y ver cómo mi honor era arrastrado por los suelos, se me ha quitado el hambre! —vociferó Eutimio, sin soltar el trabuco en ningún momento.

No hubo piedad. Orosia fue expulsada del seno familiar a la edad de dieciocho años, sin tiempo para explicaciones ni lamentos. Con una carreta tirada por un caballo, una yegua con montura, dos baúles de ajuar, un criado, y el dinero y las

alhajas que pudieron reunir a toda prisa entre las hermanas, abandonó para siempre la casa de los Basarán sin más añoranza que la que le producía el recuerdo de su madre llorando en medio del camino que bajaba hasta Angostera y el de los aullidos del fiel Espartero, el único ser dispuesto a comprenderlo todo a cambio de las suculentas y abundantes sobras de aquel malogrado ágape pascual.

Sabido es que en el Alto Aragón el rumor es más veloz que el viento. Salva puertos nevados, baja a los valles más profundos y remonta ríos impetuosos, llegando siempre a cualquier parte antes de que las noticias oficiales lo confirmen o desmientan. El rumor sabe cómo entrar en las casas, atravesando puertas atrancadas, paredes maestras y tabiques, hasta asentarse en todas las conciencias con tal firmeza que ninguna verdad que se le opusiera podría combatirlo. Por lo tanto, no era de extrañar que la noticia de la proscripción de Orosia se difundiera por la comarca sin tiempo para que la exigua comitiva que la llevaba al exilio llegara a punto alguno a pedir refugio. En todas partes estaba ya todo explicado y nadie quería vérselas con el déspota. Solo encontraron casas cerradas y mesones poblados por rufianes. Hasta que recordó Orosia aquel convento de Pamplona que admitía señoritas en apuros que fueran de buena familia y aportaran dote.

Afortunadamente, las hermanas laceradas no eran de las que hacían muchas preguntas. El dinero y las joyas que traía la joven repudiada servirían para proveer sobradamente lo necesario para el natalicio del hijo y aliviar las siempre frágiles finanzas del convento. Obviando cualquier otro trámite, las monjas despacharon de regreso al mozo y a las cabalgaduras, acogiendo a Orosia en la comunidad.

Pasaron meses sin más novedad que la llegada de la primera nevada, allá por noviembre. Fue entonces cuando compareció en la puerta del convento un enorme mastín, cubierto de cristales de hielo y temblando de frío. Blanco sobre blanco, nadie hubiera advertido su aparición a no ser por aquellos aullidos de

lástima. Antes de que las monjas trataran de espantarlo, Orosia reconoció el familiar ladrido de Espartero. Seguramente, pensó, había huido de aquella maldita casa por la añoranza de sus caricias, y algún instinto especial o fuerza misteriosa le había permitido seguir su viejo rastro en un largo viaje.

—Yo creo que los perros tienen también un ángel de la guarda: o no se entiende que haya encontrado el camino después de tanto tiempo.

Con estas y otras reflexiones piadosas, Orosia consiguió que la hermana cocinera le entregara algunas sobras de la cena del día anterior y le permitiera acercarse al pobre animal a las ascuas de la lumbre del refectorio. Pero el perro estaba ya viejo para aquellos trotes y no llegó a la noche.

Al día siguiente, entre que ya iba siendo hora y el disgusto por la muerte del único ser vivo que se había acordado de ella, Orosia rompió aguas. Las monjas, que tampoco eran de mucho gastar, pensaban que con la naturaleza y la intercesión divina sobraban fuerzas para llevar adelante cualquier parto. Pero al ver que la joven sufría más de la cuenta, por si acaso, llamaron a una matrona, que dijo que el niño venía de nalgas y que mejor fuera que rezasen y que la envolvieran con estampas de San Ramón Nonato, pues la ciencia poco podría hacer frente a una hemorragia.

—Serán veinte reales y la voluntad —concluyó la matrona—. Y no paren de rezar, que falta le va a hacer a esta pobre chica.

Orosia murió de madrugada, en una fría y oscura celda del convento, proclamando a gritos su última voluntad:

—Hijo mío, ¡nunca te hagas carlista!

A la misma hora, en la pardina de Angostera, Eutimio Basarán se dirigía al comedor para dar cuerda al reloj de pie. Era lo primero que hacía cada mañana, tras oír las campanadas de las seis. Aquel día también habían sonado, pero no se oía ningún tictac: el reloj estaba parado. No dijo nada: le dio cuerda y siguió a lo suyo.

© del texto: Antonio López López, 2019
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2019
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: noviembre de 2019
ISBN: 978-84-9743-890-2
DL: L 1172-2019
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.